
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	La Educación
<i>Juan J. Llach</i>	9	La utopía de una educación de calidad para todos
<i>Susana Carena</i>	27	Formación docente e investigación educativa
<i>Delia Nardin</i>	39	Cambios en el medio rural
<i>Lucio Florio</i>	47	El conflicto entre los saberes, la escuela y la sabiduría necesaria
<i>Jean-Paul Willaime</i>	53	Escuela pública y religiones hoy en Europa
<i>Xavier Dufour</i>	61	De la cultura religiosa a la cultura de la fe
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	79	Apuntes sobre la interdisciplina en ciencias humanas
<i>Carlos Hoewel</i>	91	La universidad plana y sus descontentos

APUNTES SOBRE INTERDISCIPLINA EN CIENCIAS HUMANAS

*Lucía Piossek Prebisch**

Este número de *Communio* me permite dar testimonio acerca de una experiencia universitaria. Una experiencia de trabajo en equipo, posible a raíz del proceso de institucionalización de la labor investigativa en la Universidad Nacional de Tucumán, durante la década del '90 del siglo pasado. Efectivamente, un objetivo central de esa institucionalización era incitar a que los docentes nos nucleáramos en torno de Proyectos y Programas subsidiados por Ciencia y Técnica de la Universidad y por el CONICET. Recuerdo que en esa nueva modalidad de trabajo tuvimos que comenzar desde cero. Comenzar con imaginación y voluntad, y probando diferentes caminos, algunos que concluían llevándonos “a ninguna parte”. Tuvimos que saber - evitando tomar eso como pretexto de ineficiencia- que en investigación esto es parte necesaria hasta llegar a encontrar el camino más adecuado.

1. En esa nueva modalidad de trabajo, en que nos reunimos diversas disciplinas, surgió de modo espontáneo e insoslayable la cuestión de la legitimidad y la posibilidad de la interdisciplina. ¿Por qué la Interdisciplina? Porque sentimos vivamente una necesidad, propia de nuestra sociedad de conocimiento: la necesidad *de ir recu-*

* Profesora de Filosofía. Universidad N.de Tucumán. Miembro del Consejo de redacción de *Communio*.

perando de algún modo - a manera de idea reguladora - *una unidad del conocimiento en ciencias humanas*. Es sabido que al corte, casi abismo, producido desde ya hace mucho tiempo entre ciencias físico naturales y ciencias no naturales, se le ha sumado después la división y el aislamiento en el seno de estas últimas. Consideramos que en las ciencias humanas se ha venido produciendo un nefasto desconocimiento recíproco de los intereses y de los logros; que esto significa una pérdida de universalidad y, además, una dilapidación de esfuerzos y de recursos económicos invertidos en la promoción y el desenvolvimiento de estas formas de conocimiento. Nuestro trabajo asumió así conscientemente el riesgo de la interdisciplina, el riesgo de no quedarse en un único y más seguro cauce unidisciplinario.

E insisto en lo de riesgo, pues remedando a Nietzsche en su *Segunda consideración inactual*, "Sobre las ventajas y los inconvenientes de los estudios históricos para la vida", podríamos hablar aquí de "ventajas e inconvenientes de la interdisciplina para el trabajo en equipo". Las ventajas son grandes: la economía en el acopio de informaciones, la flexibilización de los puntos de vista proclives al anquilosamiento, la ampliación de los horizontes, la posibilidad de reconstruir el "objeto" de estudio, el hombre, aunando diferentes perspectivas y restituyéndole una unidad significativa; y el alternar el habitual trabajo solitario y monológico con una disciplina de equipo dialógica y enriquecedora. Pero las acechanzas son graves: lograr sólo una pluridisciplina, es decir, una suma interiormente inconexa de perspectivas parciales y la pérdida, en las disciplinas, del rigor metódico específico. En efecto, quedarse en la suma de conocimientos parciales da sólo una multidisciplina. La interdisciplina, en cambio, se propone lograr una coincidencia creadora de puntos de vista mediante el diálogo.

El equipo nuestro no pudo jactarse de haber logrado una perfecta armonía interdisciplinaria. No es sencillo, ni de un día para otro, contrarrestar una inveterada mentalidad forjada por largos años de trabajo parcializado.

A fin de ir alcanzando ese trabajo conjunto verdaderamente interdisciplinario llegamos a descubrir el valor metodológico de las *palabras clave*. Estas son palabras que van, de modo espontáneo, manifestando su posición central a raíz de la utilización frecuente en todas las disciplinas comprometidas en el trabajo. De acuerdo a esto, se las destacó y se las sometió a un tratamiento conjunto de caracterización y/o definición, según el significado conferido por el contexto de las distintas disciplinas. Puedo decir que esta forma de discusión constituye una experiencia teórica invaluable y sumamente enriquecedora; yo diría que es la *verdadera experiencia interdisciplinaria*. La importancia central del tratamiento de palabras clave para el trabajo interdisciplinario resulta ser realmente “clave” del entendimiento en equipo. No obstante ello, nos llevó un tiempo entenderlo así. Algunas de tales palabras más felizmente tratadas fueron *identidad (cultural), transformación, globalización, integración, interpretación*.

Poco a poco llegamos a convencernos, cada vez más, de que es una necesidad insoslayable del momento tender a reunificar el conocimiento del mundo en que vivimos, conocimiento fragmentado en exceso por la necesidad que cada ciencia humana experimentó legítimamente en el momento de constituirse como tal. Pero hoy, “la voz de orden” no es ya fragmentación sino *convergencia*.

“La unidad del saber, jamás dada, se propone como una tarea a emprender. Como una tarea imposible, quizá, y descorazonante en todo caso. Pero esta tarea define la más alta exigencia de la cultura. Por tanto, la actitud del especialista, sea matemático o botánico, filólogo o historiador, que se repliega celosamente sobre el estrecho compartimiento de su propia competencia tiene que considerarse como una dimisión. Toda disociación del conocimiento es una negación del conocimiento. El deber presente es trabajar para reunificar, volver a juntar los miembros que un siglo de análisis ha desmembrado. El supuesto de la dispersión tiene que hacer lugar al supuesto de la convergencia. Ciencias y letras, ciencias de la naturaleza y ciencias

del hombre, que parecían enderezadas a caminos distintos, deben tomar conciencia, cada una por su parte, de que son como paralelas que, sin abandonar su dirección propia, se encuentran en el infinito”¹.

Esta cita de Gusdorf, en uno de los volúmenes de su importante serie sobre la historia de las ciencias y el pensamiento occidental, alude a todo tipo de ciencias. Nosotros la hicimos nuestra en lo concerniente a las ciencias humanas, o ciencias no naturales.

En nuestro trabajo se dio, pues, una dialéctica entre la singularidad de cada disciplina, y la visión sintética necesaria para hacer justicia a la complejidad del objeto o del tema y permitir la coordinación de las diferentes perspectivas; lo que implica un movimiento de ida y vuelta entre un momento analítico y un posterior momento de síntesis, de síntesis en el alcance “hegeliano” de superación de las perspectivas parciales en una comprensión más abarcadora.

Interdisciplina, entonces, por dos motivos básicos: 1. práctico u operativo: aunar y economizar esfuerzos, y 2. sistemático: recomponer la complejidad del “objeto” a medida que se tiende a una convergencia de las especialidades.

De más está decir que la interdisciplina exige virtudes éticas por parte de los miembros del equipo: una apertura confiada hacia los otros, la puesta a disposición verídica para los demás de resultados obtenidos, la recepción reflexiva y crítica de los puntos de vista ajenos. Reemplazar, en lo posible, el monólogo por el diálogo, cosa que, como dije más arriba, no es tan sencillo, pues implica modificar una inveterada modalidad de trabajo solitario.

2. ¿Por qué la expresión “ciencias humanas”? La interdisciplina que intentábamos lograr era en el seno de algunas de las llamadas “ciencias humanas”. Y ¿por qué preferimos el término de ciencias humanas a otras posibles denominaciones de las ciencias no naturales? Este tema de su denominación no es gratuito, ya que se

¹ Georges Gusdorf, *De l'histoire des sciences a l'histoire de la pensée*, Payot, Paris, 1966, p. 42.

vincula de modo estrecho con lo expuesto sucintamente acerca de la interdisciplina. Implica la cuestión de la existencia o no de un concepto epistemológico de base que permita tomar en su unidad a estas ciencias no naturales.

Para caracterizar *ciencia, en general*, puede seguir siendo válida la clásica caracterización de Lalande: conjunto de conocimientos y de investigaciones que tienen un grado suficiente de unidad, de generalidad, y susceptibles de que quienes se consagran a ellos lleguen a conclusiones concordantes, conclusiones que no resulten de convenciones arbitrarias, ni de gustos o intereses individuales, sino de relaciones objetivas que se van descubriendo gradualmente, y que se pueden confirmar por medio de métodos de verificación definidos. Ciencia, *más especialmente* se diferencia, de las Letras (y de la Filosofía considerada entre las Letras), y también se diferencia del Derecho y la Medicina, considerados como práctica, como aplicación de otras ciencias básicas. Es, entonces ciencia, en especial, la designación para las Matemáticas, la Astronomía, la Física, la Química y las llamadas Ciencias “naturales”. (Es sabido que esta diferenciación, casi oposición, fue cimentada por la universidad napoleónica, al distribuir las Facultades en Facultades de Ciencias y Facultades de Letras.)

La expresión *ciencias humanas* es reciente pero se expande cada vez más para designar lo que antes era usual llamar “ciencias morales” Debe advertirse que las “ciencias humanas” no son todas las ciencias relativas al hombre, por ej. no lo son la anatomía, la fisiología. Vienen a ser una *tercera posibilidad* (Gusdorf) ante la oposición moderna entre Ciencias y Letras.

De las ciencias en el sentido más especial, el segundo de los que mencionamos, las distinguiría la imposibilidad de encontrar leyes de los fenómenos, por ej., en Historia. De las Letras (siempre en el sentido moderno) o Humanidades, las distinguiría la tarea de delimitar y definir con la mayor claridad posible su temática, la búsqueda y definición de métodos propios, la aplicación de técnicas. Y las

distinguiría aún algo más: por ejemplo, las llamadas Letras o Humanidades tienen, o tenían claramente en su referencia a la cultura griega y latina, un carácter eminentemente formativo ético y estético, formativo de la personalidad (*Bildung*) de quienes las practicaban o a quienes eran destinadas; proponían pautas de conducta y ponían el acento en una educación armoniosa del hombre en su aspecto moral y en el refinamiento de la sensibilidad. No pretendían formar eruditos o especialistas en una rama del saber, sino formar una personalidad en la manera más armoniosa posible ².

Las ciencias humanas actuales poseen un carácter exclusivamente teórico, y, sólo por añadidura, pueden o no poseer un carácter ético y estético, es decir, humanístico. Conste que me refiero a un *hecho* actual, y no a una valoración de si son mejores o no que las clásicas Humanidades o las Letras. Las ciencias humanas vendrían a ser una tercera posibilidad entre las Letras o Humanidades y las ciencias "duras", tercera posibilidad en las que el rigor de la explicación tiene que compatibilizarse con una *souplesse* comprensiva, capaz de acoger la riqueza y complejidad intrínsecas del fenómeno humano (Gusdorf).

Se ha señalado que el caos existente en torno de la designación de las ciencias no naturales es debido a la falta de referencia de estas ciencias a una disciplina básica - como las matemáticas, en el caso de las naturales- o al menos a un concepto epistemológico de base. Pues bien, yo me atrevería a sostener que tal concepto de base existe, y que permite replantear el tema de su fundamentación,

Comenzaré diciendo por qué preferimos, en nuestros trabajos, designar a estas ciencias como humanas, frente a las otras designaciones. Ciencias morales y políticas, suena restringido para nuestro modo actual de significar lo moral y lo político; ciencias sociales: hay aspectos de lo humano que no se caracterizan por lo social; ciencias culturales: la ambigua referencia al concepto de valor (hoy tal

² Cf. Giovanni Reale, entrevista, "Lo clásico hoy", en *Communio*, año 6, n. 1, Bs. As., 1999.

vez injustamente en desuso) y sobre todo la insuficiente definición de la cultura por la ausencia del elemento lingüístico (es realmente notable la ausencia de consideración del lenguaje en el concepto de cultura de Rickert y de Max Scheler); por último, las *Geisteswissenschaften* implican la referencia al multívoco concepto de espíritu, que pareciera, además, reforzar un dañoso dualismo de espíritu y cuerpo en la concepción tradicional del hombre.

A fin de dar con ese concepto de base para las que preferimos llamar ciencias humanas, es necesario ir al sustantivo del que el adjetivo depende: hombre. Empecemos por hombre. La objeción salta al instante: ¿es acaso el concepto hombre menos multívoco que los demás? ¿Hombre, ser humano, es acaso una expresión clara, sin ambigüedades? Se trata de un concepto tan ambiguo, mejor dicho, tan plurívoco, que -sabemos muy bien - fue el motivo que impulsó a Heidegger a evitarlo en *Ser y tiempo* y a utilizar en cambio la palabra *Dasein*.

Pues bien, una fuente invaluable para caracterizar al hombre es un pasaje de la *Política* de Aristóteles (A 2, 1253 a): “La razón por la cual el hombre es, más que la abeja o cualquier animal gregario, un animal social, es evidente: la naturaleza, como solemos decir, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. La voz es signo del dolor y del placer, y por eso la tienen también los demás animales, pues su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer y significársela unos a otros; pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es exclusivo del hombre, frente a los demás animales, el tener, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad.”

El hombre es el animal que tiene *logos*, lenguaje, o, como dicen los traductores Julián Marías y María Araujo, palabra. (Evidentemente es preferible -Zucchi- la traducción por lenguaje más que por palabra. El lenguaje es más que la palabra: es el sistema relacional y dinámico de ellas)

El pensamiento occidental latinizado tradujo *logos* por razón. Y razón es un concepto de una impresionante multivocidad. La traducción de *logos* por razón fue una fuente de equívocos, empezando, pues, por la ambigüedad de la palabra razón. La clásica definición del hombre como “animal racional” no permite en modo alguno una base para una posible definición de las ciencias.

El pasaje de la *Política* se refiere al lenguaje, a una posesión que hace del hombre un animal distinto dentro del reino animal. El tener lenguaje (*logos*) va unido al poder constituir la ciudad (*polis*) y discernir en conjunto con otros entre lo justo y lo injusto, lo conveniente o no. El de lenguaje es pues un concepto más básico y más definido para fundamentar -en cuanto concepto epistemológico común a las ciencias humanas - que los precedentes de moral y política, cultura, sociedad, espíritu, intencionalidad.

Pero hay algo más que destacar. Como lo ha puesto de relieve últimamente Hernán Zucchi³, el lenguaje, entendido según Aristóteles, no obstante que Aristóteles reconoce la doble composición humana (alma y cuerpo, *Política*, 1254 a), permite superar el dualismo tajante en la concepción del hombre. En efecto, como lo destaca Zucchi, cotejando el texto de la *Política* con otros textos del Estagirita, el *logos* sería imposible sin una organización psicofísica, comenzando por una boca con sus labios blandos, un maravilloso músculo, la lengua, que permite la articulación de la voz en palabras; una laringe, pulmones. Toda esta base fisiológica es la que sostiene la “expresión” del pensamiento acerca del bien, del mal, de lo justo, lo injusto, etc.

Pues bien, el “material” de las ciencias humanas es lenguaje. Lo que tienen de común todas las ciencias humanas es el lenguaje. Oral y escrito. Lenguaje en sus tres aspectos: semántico (la adecuación o no de las palabras, designaciones, con las cosas, con lo que designan o nombran las palabras), sintáctico (la estructura de los signos entre sí, el modo, según reglas gramaticales, de combinación de

³ Hernán Zucchi, *El lenguaje en Aristóteles*, inédito.

los signos) y pragmático (el lenguaje en relación con la situación en la que es utilizado, en relación con la acción del hablante y de aquél al cual el hablante se dirige.).

Y digo teniendo en cuenta estas tres dimensiones, para distinguir lo que voy diciendo frente al proyecto estructuralista de fundar las ciencias del hombre en el lenguaje, pero sólo en el aspecto sintáctico del lenguaje. Que, como sabemos, equivale a tomar el lenguaje como un sistema que puede prescindir del hablante, del hombre. Fue el intento de Lévi-Strauss y sus seguidores.

Esto requiere más aclaración. Es cierto que todo el material de las ciencias, también de las de la naturaleza, está configurado lingüísticamente. En realidad, como sostiene la actual hermenéutica, todo el mundo, en cuanto mundo, está configurado, interpretado, estructurado por el lenguaje, dentro del cual, ya hecho, venimos a la vida. Somos dentro del lenguaje. En cierto aspecto el estructuralismo tenía razón: antes de venir al mundo hay ya un sistema lingüístico al que debemos ir adaptándonos. Una hoja, por ej., que estudia el botánico, empieza, prereflexivamente, a tener una determinación lingüística: su nombre hoja, que la califica y la distingue de lo que no es hoja. (Ref. al *Sofista*, de Platón, la cualidad del lenguaje de contar con el no ser como necesario para la determinación). Con un mineral mudo pasa lo mismo: ya el mismo nombre general mineral es una determinación lingüística. (Ref. a Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, I, af.11 “El lenguaje como presunta ciencia”)

Pero, hay *una diferencia fundamental*: podemos hacer el *esfuerzo de imaginar* la existencia del objeto de las ciencias de la naturaleza *sin* tal configuración lingüística, como anterior y externo a tal configuración lingüística.

En cambio, ¿podemos hacer tal esfuerzo de imaginación en lo que respecta al “material”, al “objeto” de las ciencias humanas? Esto es imposible. El lenguaje es *constituyente* de la realidad que estudian las ciencias humanas (Searle). ¿La historia no es acaso tradición, y el lugar de la tradición no es acaso el lenguaje, oral y escrito? ¿El psi-

coanálisis, qué haría sin el lenguaje? ¿La sociología, no es acaso la sociedad impensable sin las relaciones establecidas por el diálogo?

Creo que el actual “descubrimiento” de que el lenguaje configura y constituye el mundo es central de nuestro tiempo. En la filosofía actual y en disciplinas con ella relacionadas, se ha divulgado tal vez exageradamente la expresión “giro lingüístico” para designar el lugar de privilegio que ocupa el lenguaje en el pensamiento actual. Hasta hace poco, el lenguaje, como tema, ha sido el gran ausente en la filosofía de Occidente. Quiero decir, el lenguaje no como instrumento del pensar, según la tradición platonizante, sino como interpretación y articulación del entorno en mundo (Gadamer).

“Lo cierto es que la esencia del lenguaje no ha ocupado, ni mucho menos, el punto central en el pensamiento filosófico de Occidente. Siempre llamó la atención que en el relato veterotestamentario de la creación, Dios otorgara al primer hombre el dominio del mundo ordenándole que impusiera nombre a cada ser. También el relato de la Torre de Babel deja traslucir la importancia fundamental del lenguaje para la vida del hombre. Sin embargo, justamente la tradición religiosa del Occidente cristiano llegó a paralizar en cierto modo el pensamiento sobre el lenguaje, hasta tal punto que sólo en la época de la Ilustración se planteó de nuevo la cuestión del origen del lenguaje.”⁴ Gadamer recuerda, precisamente, que Herder y Humboldt pusieron en claro la lingüisticidad originaria del mundo, pero que no llegaron a rescatar la concepción aristotélica del hombre.

Volviendo a nuestra preferencia por la expresión ciencias humanas: ciencias humanas son aquellas cuyo tema es el hombre, sus actividades y sus objetivaciones, en cuanto *tiene lenguaje (logos)*. El concepto de lenguaje, así entendido, puede hacer las veces de concepto de base para una comprensión unitaria de las ciencias humanas y para conjurar el caos de su designación.

⁴ . Hans-Georg Gadamer, “Hombre y lenguaje”, en *Verdad y método II*, Sígueme, Salamanca, 1994, pág. 146. Trad. M. Olasagasti.

En síntesis, he tratado de relatar una experiencia de un modo de trabajo que exige nuestra nueva sociedad de conocimiento. Hoy pareciera que la “voz de orden” es buscar la *convergencia*, restituir, sobre todo en el seno de las ciencias humanas una unidad, quebrada tras un trabajo fragmentador de especialización.

Sobre la importancia actual del tema del lenguaje, cf. también Roberto Rojo, *Horizontes del lenguaje y sendas de la utopía*, Instituto de Epistemología, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, Tucumán, 1995.